

vanidad, que se conocía perfecta e íntimamente a sí mismo, debió, mientras se pintaba, hacerse sangrar a fuerza de ser sincero. Esto es uno de los secretos, uno de los resortes que despiertan el interés y traen poderosamente a todos los lectores de la tierra. Es profundamente humano, y todos los hombres, cual más, cual menos: príncipe o siervo, cortesano o soldado, rico, letrado o mendigo, encuentran en "Los Ensayos", obra de todos los tiempos y para todos los hombres, encuentran, digo, algo de sí mismos. Se ven en ellos en parte reflejados. Montaigne fue un hombre, y por lo consiguiente resumía en su flágido cuerpo y espaciosa alma todas las bellezas y deformidades, todos los anhelos e instintos rastreros de la humanidad. En su estilo conciso lo expresó mejor: "Cada hombre tiene la forma entera de la humana condición". Montaigne fue un hombre simbólico, un hombre representativo, universal, espejo común de los mortales. "Su alma —decía Jorge Fox—, era un océano de tinieblas y de muerte, y dentro un océano de luz y de amor". Acaso el hombre no sea más que un complicado claroscuro. Quizá lo único verdadero es su espíritu. Pero mientras esté dentro del estrecho recinto de la carne, será como una bujía encendida en opaca y mísera pantalla. Tal vez estemos condenados a vivir en el terror, en el misterio, en la incertidumbre cotidiana; en tanto que a nuestro espíritu se adhieran como grillos los huesos y la carne, y estemos sujetos como las simples cosas a las leyes inmovibles de la naturaleza física.

VICENTE LANDINEZ

DEL CAMPO HISTORICO-LITERARIO

EXAMEN COMPARATIVO DE LAS CRITICAS DE BOLIVAR Y DE BELLO AL CANTO DE OLMEDO

Por RAFAEL BERNAL MEDINA

En los juicios críticos de Simón Bolívar y de Andrés Bello a "La Victoria de Junín-Canto a Bolívar" del poeta ecuatoriano José Joaquín de Olmedo, hay una discrepancia en la apreciación del plan del poema. A esta parte de las respectivas críticas se limita el presente examen comparativo.

Olmedo que, al decir de Bello, sirvió con honor a la libertad antes de cantarla, siente encendidas las fibras de su espíritu y de su fantasía al saber las victorias del ejército de América guiado por su amigo el Libertador, y aprovecha este fuego divino para fundir su Canto. Junín y Ayacucho son hazañas bélicas reales en las que, a diferencia de las celebradas por Homero, intervienen más hombres que dioses, y las cuales marcan para el Nuevo Mundo la era "de libertad, de paz y de grandeza". Este es el gran motivo del asunto.

Pero, ¿cómo cantar estas dos batallas reunidas, ya que implican un mismo trascendente resultado, realizándose con seis meses de diferencia? Y, ¿cómo patentizar la sublime fama de Bolívar y loarlo dignamente cual se propone el Canto, si el Héroe no dirige en persona la última acción aunque sí la alienta e inspira y presta "su rayo" a Sucre? Y, ¿cómo en estas circunstancias se establece la unidad del épico himno?

Estos hechos forman el debatido plan de la obra y reducen a prueba el numen y la capacidad imaginativa del famoso vate.

La solución es poética, fruto de la fantasía, como corresponde ofrecerla a un lírico: hace aparecer en las nubes sobre el campo de Junín la "veneranda sombra" de Huaina-Capac, el último Inca que empuñó el cetro del Imperio en toda su plenitud. Y, ¿para qué aprovecha Olmedo esta aparición? Para que él, el Inca, lance el vaticinio del lauro de Ayacucho y advierta a las tropas y a los jefes que es preciso requerir los aceros y aprestarse al último combate. Esta es como la introducción de su oráculo,

el que luégo explaya en forma de consejos y normas de gobierno bajo un sol de nitidez, en trescientos sesenta y seis clarividentes versos, que son gemas dentro del total magnífico.

Esta intervención del Inca es, pues, la criticada con dispares juicios por Bolívar y por Bello. El primero afirma: "El plan del poema, aunque en realidad es bueno, tiene un defecto capital en su diseño". En tanto, el segundo conceptúa: "Nada hallamos de reprehensible en el plan del "Canto a Bolívar".

Estas conclusiones tienen un alto interés en la literatura por la excelsa calidad de quienes las formulan y por la importancia de la pieza analizada, que figura entre las mejores en lengua castellana. Y este interés acrece al examinar en sus textos la argumentación que cada uno sustenta, y hallar que los dos analistas tienen puntos de contacto en la tacha de las partes del plan consideradas como vulnerables, con lo cual uno de ellos incurre en contradicción y cede en categoría como crítico.

Ambos son insignes pensadores. Bolívar a pesar de su agitada vida militar; Bello en razón de su vida de humanista. Pero aquí no puede invocarse el lustre de sus nombres, como no podrían tenerse en cuenta los accidentes de tamaño y color, sino solamente el alcance de sus razonamientos. Ambos interpretan la concepción del autor y se refieren explícitamente a la parte esencial de la obra. Concluyen, sin embargo, de manera diferente.

Para llegar a tales conclusiones, ambos tuvieron como elemento de juicio en la parte del plan, el mismo texto. Sabido es que Olmedo, antes de la publicación, inquirió sobre el Canto la opinión del Héroe y que éste al tercer día de recibir los originales y la misiva del autor, le contestó en Cuzco el 12 de julio de 1825, con la famosa carta que contiene la conclusión anotada y otras observaciones sobre algunas caídas de la versificación. Olmedo refundió los versos acotados, pero no varió el plan aludido. Las primeras publicaciones en regla del poema se hicieron en París y en Londres en 1826. Tales fueron las que Bello conoció y las que tuvo a la vista para su juicio, que en 1846 apareció en el "Repertorio Americano", revista editada en Londres, cuando era colega diplomático de Olmedo en esta ciudad. Como encontró una composición ya decantada, no hace reparo alguno a sus condiciones retóricas. Puede decirse que, en este campo, salvadas las glosas de Bolívar, ambos analistas están acordes en la alabanza de lo que constituye la hermosura literaria del Canto, y así, inspiración, figuras, colorido, contraste, variedad, estilo y calor quedan en sitio airoso y cimero.

He aquí ahora el cotejo de sus proposiciones. Como queda transcrito, Bolívar afirma:

"El plan del poema, aunque en realidad es bueno, tiene un defecto capital en su diseño".

Para fundamentar su aserto hace tres reparos básicos.

Primero:

"Usted ha trazado un cuadro muy pequeño para colocar dentro un coloso que ocupa todo el ámbito y cubre con su sombra a los demás personajes".

Segundo:

"No parece propio que alabe (el Inca) indirectamente a la religión que le destruyó; y menos parece propio aún que no quiera el restablecimiento de su trono por dar preferencia a extranjeros intrusos, que, aunque vengadores de su sangre, siempre son descendientes de los que aniquilaron su imperio: este desprendimiento no se lo pasa a usted nadie. La naturaleza debe presidir a todas las reglas, y esto no está en la naturaleza".

Tercero:

"...Este genio Inca, que debía ser más leve que el éter, pues que viene del cielo, se muestra un poco hablador y embrollón..."

Bello a su turno se expresa así:

"...La parte más espléndida y animada de su canto es incontestablemente la aparición del Inca".

Esta premisa la sostiene con las siguientes consideraciones:

"Algunos han acusado este incidente de importuno, porque preocupados por el título no han concebido el verdadero plan de la obra. Lo que se introduce como incidente, es en realidad una de las partes más esenciales de la composición, y quizá la más esencial. Es característico de la poesía lírica no caminar directamente a su objeto..."

Adelante hace la afirmación ya anotada:

"Nada hallamos, pues, de reprehensible en el plan del "Canto a Bolívar".

Y a renglón seguido precisamente agrega:

"Pero no sabemos si hubiera sido conveniente reducir las dimensiones de este bello edificio a menor escala, porque no es natural a los movimientos vehementes del alma, que sólo autorizan las libertades de la oda, el durar largo tiempo".

Se tiene de resalto que Bello, quien afirma que no encuentra nada reprehensible en el plan, concuerda en estas últimas salvedades, aunque las formule dubitativamente, con las que Bolívar señala condenándolas: "Usted ha trazado un cuadro muy pequeño para colocar dentro un coloso que ocupa todo el ámbito y cubre con su sombra a los demás personajes".

Aparece claramente que en la apreciación de ambos comentaristas, tanto el "edificio" como el "coloso" (que en este caso son el Inca o su intervención), se juzgan desproporcionados.

Ahora bien. Bello consigna: "No es natural a los movimientos vehementes del alma el durar largo tiempo". Es la misma falla hallada por Bolívar: "Este genio Inca se muestra un poco hablador y embrollón".

Aquí también en el juicio de ambos críticos surge unánime el rechazo a la extensión del discurso de Huaina-Capac.

Queda establecido en forma nítida que Bolívar y Bello suscriben antagónicas conclusiones respecto al plan del Canto, y con todo, armonizan en la calificación de censura al comportamiento del Inca, comportamiento que es parte esencial de dicho plan. Pero mientras Bolívar afirma que éste tiene un defecto capital y lo puntualiza categóricamente según su opinión, Bello, en cambio, sostiene que es irreprochable, y al hacer su paginero advierte los mismos reparos encontrados por Bolívar.

En consecuencia, Bolívar escribe en el presente caso con mayor lógica dentro de su manera de juzgar la actividad en Junín del descendiente de los hijos del sol, que si habla como hombre, contradice las leyes de la naturaleza, y si habla como dios amengua esta majestad porque se muestra "hablador y embrollón".

Olmedo, advertido del anterior dilema, vindica en una de las notas explicativas del Canto, la actitud del Inca: no obra como hombre sino como ente de otra esfera despojado ya de las debilidades humanas, viejo sacerdote, rey y padre, precisado a platicar *in extenso* por su condición de profeta. Dice la parte final de la nota: "Sobre todo no debe extrañarse que tenga ideas justas de religión, de legislación y ciencias del siglo quien habita las regiones de luz y de verdad".

Menéndez y Pelayo al referirse al juicio literario de Bolívar, escribe: "Conservar tan buen sentido después de haberse hecho árbitro de un continente vale casi tanto como haber triunfado en Boyacá, en Carabobo y en Junín".

Como se ve, las líricas batallas también fueron trofeos de Bolívar.

*
* *
*

Las citadas críticas han contribuido a perpetuar el Canto con honor. Ellas recaen sobre licencias permitidas a los poetas, a quienes les es dado fantasear dentro del hechicero mundo de su inspiración.

Si no puede aceptarse lo del estagirita, que la poesía sea más cierta que la historia, sí es verdad que la poesía hermosea la historia; tal uno de los méritos del poema de Olmedo, que, escrito en los días mismos de la epopeya, empezó a darle a ésta aquel atractivo inmortal de la belleza. Sus estrofas hacen olvidar la muerte, el horror y las maldiciones de la guerra, para acendrar en cambio la admiración por el heroísmo y el conocimiento de sus ocultas fuentes como también la nostalgia de no haber vivido la gloria de Bolívar:

*"Abre tus puertas, opulenta Lima,
Abate tus murallas y recibe
Al noble triunfador".*

RAFAEL BERNAL MEDINA

DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES